

liciosa, los mismos hoyitos en las rosadas mejillas transparentes, los mismos brazos blancos... Puede dársele el nombre de «virgen pulcra.» No se observa en ella de nuevo más que la gruesa trenza rubia, arreglada como conviene á las personas mayores, y el seno naciente, cuyo crecimiento le causa placer y turbación al mismo tiempo.

—Liubotshka es una muchacha completamente distinta, aun cuando ambas han crecido y se han educado juntas.

Liubotshka es pequeña, raquítica y contrahecha, con pies de ánade. En su cara no hay más belleza que la de los ojos, que son verdaderamente magníficos; grandes, negros, con expresión indefinible de seriedad é ingenuidad que no cabe dejar de admirar.

Liubotshka es todos sus actos sus actos sencilla y natural; Catalina procura siempre imitar á alguien. La primera mira siempre á las personas á la cara, y á veces clava en uno sus ojos con tal insistencia, que la han reñido varias veces, porque, según parece, esta fijeza no es de buena educación. Catalina baja los ojos, entorna las pestañas y sostiene que es míope, cuando yo sé que ve muy bien. A Liubotshka no le agrada hacer dengues en presencia de los extraños, y cuando alguien que viene de visita la abraza, se incomoda y declara que no le gustan las ternezas. Catalina, en cambio, es mucho más afectuosa con su madre cuando hay gente, y le gusta pasear por el salón cogida del talle de una amiga. Liubotshka se ríe con la mejor gana del mundo, y á veces tiene accesos locos de hilaridad, durante los cuales corre por la estancia agitando las manos; Catalina, cuando ríe, se esconde la boca con las manos ó con el pañuelo.

Liubotshka se sienta erguida en una silla y camina con los brazos colgando; Catalina dobla la cabeza un poco á un lado y anda con los brazos cruzados. Liubotshka se pone muy contenta cuando habla con un hombre y dice que se cesará con un húsar. Catalina asegura que todos los hom-

bres le inspiran aversión, que no se casará nunca, y cuando habla con un hombre no es ya la misma: diríase que tiene miedo.

Liubotshka está en continua lucha con Mimi á causa de los corpiños que la aprietan «y le impiden respirar»; come mucho y con buen apetito. Catalina mete el dedo bajo su corsé para hacer ver que es muy ancho y comé muy poco. A Liubotshka le agrada el dibujo de figura; Catalina no dibuja más que flores y mariposas. Liubotshka toca con mucha precisión los conciertos de Field y trozos escogidos de Beethoven; Catalina toca valeses y romanzas, no guarda el compás, pateo, pone continuamente el pedal y no comienza á tocarse sin haber ejecutado dos ó tres arpeggios.

Catalina se asemejaba, según mis ideas de entonces, á una persona mayor, y por esto la prefería á Liubotshka.

CAPITULO XLI

Papá

Papá está mucho más alegre desde que Volodia ingresó en la Universidad y come más á menudo que antes con mi abuela. Sé por conducto de Kolia que su alegría depende de haber ganado mucho al juego en estos últimos meses.

Está de tan buen humor, que por la noche, antes de irse al Casino, suele sentarse al piano y llamándonos á todos en torno suyo, empieza á cantar canciones llevando el

compás con el pie en ciertos pasajes y agitando sus zapatos planos (no podía sufrir los tacones y no los llevaba nunca). Era de ver en estos casos la admiración cómica de Liubotshka, su predilecta, que le paga este cariño con una especie de culto.

De vez en cuando venía á clase y me escuchaba con gesto severo mientras daba mi lección; en muchas ocasiones noté por algunas palabras con las que pretendía corregirme que sabía menos que yo. Otras veces nos hacía señas á escondidas cuando mi abuela se inquietaba y gritaba sin razón alguna ó por la menor cosa. «Nosotros los chicos—decía después,—hemos recibido una fraterna.»

En una palabra, papá va bajando poco á poco de las alturas inaccesibles en que lo había colocado mi imaginación.

Continúo besando, es verdad, su mano ancha y blanca con la misma afección y con el mismo respecto sincero, pero me tomo la libertad de criticarlo, de juzgar sus actos y me espanto de las ideas que á veces acuden á mi mente. No olvidaré nunca un accidente que suscitó en mí muchos de esos pensamientos y que me ocasionó grandes padecimientos morales.

Una noche, á hora avanzada, entró de frac negro y chaleco blanco en busca de Volodia para llevarle á un baile. Volodia estaba aún vistiéndose y abuela le esperaba en su habitación. Tenía la costumbre, en las noches de baile, de hacerle venir á su presencia para verle, bendecirle y darle algunas instrucciones.

En la sala, alumbrada por una sola lámpara, Mimí se paseaba con Catalina, y Liubotshka estudiaba al piano el segundo concierto de Field, la pieza favorita de mamá.

No he visto nunca entre individuos de la misma familia un parecido que me choque tanto como el que existía entre mamá y mi hermana. La semejanza no estaba ni en las facciones ni en el conjunto de la cara, sino en algo indefinible: en las manos, en la manera de andar y sobre

en la voz y en algunas expresiones. Liubotshka se impacientaba y decía: «¡No hacen más que impacientarme; no han hecho otra cosa *toda la vida!*» Pronunciaba aquellas palabras «toda la vida», que eran una expresión de mamá, cargando como ella el acento en la palabra *toda*: *to...da* la vida; me parecía oír á mamá. Sobre todo en el piano la semejanza era extraordinaria, no sólo en la manera de tocar, sino en todos los ademanes.

Liubotshka tenía el mismo modo de arreglarse el vestido y de volver la página con la mano izquierda cogiéndola por arriba. Daba el mismo puñetazo de impaciencia cuando no le salía bien un pasaje difícil, con el mismo «¡Ah, Dios mío!» Alardeaba de la misma delicadeza y de la misma precisión al tocar aquel precioso aire de la escuela de Field, llamado tan gráficamente «sonido de perla» y que no ha podido olvidarse ni siquiera con los golpes violentos de los modernos pianistas.

Papá entró con ágiles pasos y se acercó á Liubotshka que al verlo se detuvo.

—No, continua, Liuba,—le dijo haciéndola sentar.—Ya sabes que me gusta cirte.

Liubotshka se volvió á sentar y papá permaneció largo rato sentado frente á ella, con el codo apoyado en el piano. De pronto le dió el *tic* que le hacía mover involuntariamente el hombro; se levantó y se puso á pasear por la estancia.

Cada vez que pasaba junto al piano se detenía y examinaba un momento á Liubotshka. Por sus movimientos y su manera de andar comprendí que estaba conmovido. Después de dar dos ó tres vueltas, se acercó á mi hermana y le besó los cabellos negros; y al fin reanudó su paseo.

Concluida la pieza, cuando Liubotshka le preguntó: «¿Está bien?»—él la cogió la cabeza y la besó en la frente y los ojos con una ternura de la que yo no le creía susceptible.

—¡Oh Dios mío! ¡lloras!—dijo de pronto Liubotshka

fijando en él sus grandes ojos atónitos.—Te pido perdón, querido padre, había olvidado que ésta era la *composición de mamá*.

—No, querida, tócala muchas veces,—dijo con voz temblorosa.—¡Si supieras cuánto bien me hace llorar contigo!

La besó otra vez, trató de dominarse, mientras su hombro estaba aún muy agitado por el *tié* y se dirigió hacia la puerta del corredor que conducía á la habitación de Volodia.

—Voldemar ¿estás listo?—gritó desde el corredor.

En aquel momento pasaba Mascha la camarera. Al ver á su amo bajó la cabeza y trató de pasar por detrás; pero él la detuvo.

—¡Cada día estás más linda!—le dijo inclinándose hacia ella.

Mascha se ruborizó y bajó más la cabeza.

—¿Me permite V?—murmuró.

—¡Voldemar! ¿qué haceis?—repitió papá, sacudiendo la cabeza y tosiendo. Mascha pasó por delante de él y entonces me vió.

Amo á mi padre, pero la razón es independiente del corazón y sugiere á menudo al hombre ideas que quebrantan todo afecto; ideas incomprensibles y crueles para el corazón.

Por más que me esfuerzo en desviarlas, me persiguen sin descanso.

CAPITULO XLII

Mi abuela

Mi abuela está cada día más débil y cada día se oyen más á menudo en su habitación los toques del timbre, la voz irritada de Gascha y el ruido de puertas cerradas con furia.

Ya no nos recibe en su gabinete, hundida en su poltrona; la vemos siempre en su alto lecho sobre las almohadas embellecidas con encajes. Al darle los buenos días y besarle la mano, observo en ella una inflamación de un blanco amarillento y siento en la habitación el mismo olor asficiente que noté cinco años atrás en la habitación mortuoria de mamá.

El médico viene tres veces al día y se hacen varias consultas. Sin embargo, el carácter de mi abuela no ha cambiado; siempre está irritada y ceremoniosa con todas las personas de casa y especialmente con papá. Acentúa las palabras al pronunciarlas como antes, frunce el ceño como antes, y dice aún:—«Querido mío».

Ya hace mucho días que no nos permiten entrar en su habitación y una mañana, á la hora de las lecciones Saint-Jérôme, me propuso un paseo en trineo con Sinbotshka y Catalina. Aunque he notado al montar en el trineo que habían esparcido mucha paja en un trozo de calle debajo de las ventanas de mi abuela y que algunos individuos con tabardo turquí estaban parados ante la puerta, no puedo comprender porque nos mandan fuera en trineo á una hora tan inusitada.

Durante el paseo Liubotshka y yo tuvimos uno de esos momentos de júbilo en que basta una palabra, un ademán, una fruslería para arrancarnos una carcajada.

Un buhonero ambulante que atraviesa la calle corriendo nos hace reír. Un trineo mal guiado alcanza al galope el nuestro y el cochero tira de la extremidad de las riendas; nosotros prorrumpimos en una carcajada. El látigo de Felipe se enreda en la lanza del trineo y Felipe se vuelve gritando:—¡Eh!—y nosotros no desternillamos de de risa.

Mimi declara con torvo semblante que solamente los necios se rien sin motivo. Liubotshka se vuelve de púrpura por el esfuerzo que hace para no reírse y me mira á hurtadillas. Al encontrarse nuestras miradas soltamos una

risotada que nos hace llorar y que amenaza sofocarnos. Apenas comenzamos á estar más tranquilos miro á Liubotska pronunciando una palabra especial que habíamos adoptado hacia algún tiempo y que tiene el don de hacernos reír y nos reímos de nuevo.

Al volver á casa y cerca de la puerta iba á abrir la boca para hacer una soberbia mueca á Liubotska cuando tropezaron mis ojos con la tapa negra de un ataúd que estaba apoyado en una hoja de la puerta del salón. Me quedé con la boca abierta y con mi visaje á medio hacer.

—¡Vuestra abuela ha muerto!—nos dice Saint Jerome que salió á recibirnos muy pálido.

En tanto que permaneció el cuerpo de la abuela en casa sentí aquella impresión dolorosa que infunde el miedo de la muerte. Quiero decir que aquel cadáver me recordaba con insistencia desagradable que todos tenemos que morir un día, pensamiento que suele asociarse con un sentimiento de tristeza. La muerte de mi abuela no me causaba la menor pena y á los demás les ocurrió lo mismo.

La casa, en verdad, estaba llena de visitas, pero nadie se manifestaba muy afligido, á excepción de una persona cuyo violento dolor me chocó más de cuanto podría imaginar. Esta persona era Gascha la doncella, que fué á encerrarse en su cuarto y allí, llorando á mares, gritaba, se mesaba los cabellos y afirmaba sin querer oír los consuelos que le prodigaban, que sólo la muerte podría indemnizarle, de la pérdida de su querida ama.

Repito que en materia de sentimiento la falta de lógica es la mejor prueba de sinceridad.

Mi abuela ha muerto, pero su recuerdo vive aun en la casa y es objeto de infinitos comentarios que se refieren casi todos al testamento que ha hecho antes de morir y que nadie conoce, á excepción del príncipe Ivan Ivanovitch, albacea testamentario. Observo cierta agitación entre las personas de casa y siento que se discute á menudo sobre

lo que habrá dejado á cada cual. Confieso que, sin querer, pensé con satisfacción en que íbamos á heredar algo.

Pasadas seis semanas Kolia, que era el correveidile de la casa, me contó que la abuela dejaba su fortuna á Liubotshka y que le daba por tutor hasta la época de su matrimonio, no á papá, sino al príncipe Ivan Ivanovitch.

CAPÍTULO XLIII

Yo

No me quedan ya más que algunos meses para entrar en la Universidad y estudio mucho. No sólo no tiemblo ya en espera de los profesores, sino que por el contrario las lecciones me interesan y siento un gran placer al recitarlas bien. Me preparo para ser admitido en la Facultad de Ciencias y confieso que he elegido las Ciencias matemáticas, porque me gustan extraordinariamente las palabras seno, tangente, diferencial, integral, etc.

Soy mucho más bajo que Volodia, pero membrudo y fuerte; continúo tan feo como antes, lo que me duele más que nunca, aunque me queda el consuelo de mi originalidad. Una sola cosa me consuela; papá dijo un día que yo tenía una *fealdad inteligente*; y quedé muy persuadido de esto.

Saint-Jérôme está contento de mí, me elogia á menudo, y no sólo no le odio ya, sino que cuando dice que *con mis dotes, con mi inteligencia* sería una vergüenza no llegar á algo, casi le quiero bien.

Hace tiempo que no me cuido de lo que sucede en la habitación de la servidumbre y me avergüenzo de esconderme detrás de las puertas. La seguridad de que Mascha

ama á Vassili no me conmueve mucho. El matrimonio de Vassili concluye por curarme de esta pasión infeliz, y yo mismo, á ruegos del lacayo, he solicitado el permiso de mi padre.

Cuando vienen los esposos con una bandeja de confites á dar las gracias á papá, y Mascha, cubierta la cabeza con un gorro de lazos azules, nos da las gracias á todos de no sé qué y nos besa en el hombro, aspiro el perfume de rosa de sus cabellos y no experimento ninguna emoción.

Empiezo en suma á corregirme de mis defectos, excepto del principal de todos, que me hará mucho mal en la vida: la necesidad de raciocinar.

CAPITULO XLIV

Los amigos de Volodia

Hallándome con los amigos de Volodia representaba entre ellos un papel humillante para mi amor propio, y con todo, me gustaba mucho estar en la habitación de Volodia cuando había alguien allí; en estos casos me sentaba y lo observaba todo sin desplegar los labios. Los que más á menudo venían á buscarle eran el ayudante Dubkof y el príncipe Nekliudof, estudiante. Dubkof era un moreno musculoso con piernas un poco cortas, no muy joven, pero sí hermoso y de gesto alegre. Era uno de esos hombres de corto entendimiento que gustan precisamente porque son así. Como no ven más que una fase de las cosas, se muestran siempre entusiastas y sus juicios aunque exclusivos y falsos son sinceros y simpáticos. Hasta su frío egoísmo resulta amable y consiguen hacérselo perdonar. Dubkof tenía á nuestros ojos un doble atractivo:

aire militar y el continente y los modales juveniles que no sé por qué se confunden con cierta «distinción» á la que suele prestarse gran valor en la primavera de la vida.

En realidad, Dubkof era «un hombre distinguido» en el sentido corriente de la palabra. Una cosa sola me desagradaba en él y era que Volodia al verle parecía avergonzarse de tenerme por hermano; le que más la avergonzaba era mi juventud.

Nekliudof era feo; ciertamente no puede un hombre ser bello con dos ojillos grises, la frente deprimida y los brazos y las piernas demasiado largas. No poseía cualidad física apreciable fuera de la estatura, la tez y los dientes, pero, aunque era feo, sus ojillos penetrantes y expresivos, su sonrisa vivaz, ora severa, ora infantil, daban á su fisonomía un carácter original y enérgico, que á nadie pasaba inadvertido.

Debía ser muy tímido, porque se ruborizaba con frecuencia, pero su timidez no se asemejaba á la mía: cuanto más se sonrojaba tanto más atrevida era la expresión de su rostro, y se habría dicho que se irritaba contra sí mismo por razón de la propia debilidad.

Aunque aparentemente se entendía muy bien con Dubkof y Volodia, adivinábase que sólo la casualidad podía haberlos impulsado el uno hacia el otro, ya que Volodia y Dubkof rechazaban por decirlo así todo lo que era seriedad y sensibilidad, mientras Nekliudof se apasionaba y se engolfaba á menudo, desafiando las burlas de los otros dos, en la filosofía y en las cuestiones de sentimiento.

Volodia y Dubkof hablaban con mucho gusto de sus amores (se enamoraban paladinamente de varias personas á la vez y ambos de una misma), mientras Nekliudof se incomodaba de veras siempre que aludían á su simpatía por cierta rubia. Volodia y Dubkof se burlaban á menudo de individuos de su propia familia, y Nekliudof se enojaba y se salía de sus casillas cuando oía algo desagrada-

ble de su tía, por la que sentía una especie de veneración. Volodia y Dubkof se iban después de cenar á cualquier sitio á donde no les seguía Nekliudof, á quien llamaban «la jovencita rubia».

El príncipe Nekliudof me admiró desde el momento en que le ví, tanto por su lenguaje como por su exterior, pero aún cuando estábamos de acuerdo en muchos puntos, y quizá por esto precisamente, el sentimiento que me inspiró en nuestro primer encuentro distó mucho de ser simpático.

Me disgustaron su mirada penetrante, su voz firme, sus modales altaneros, y sobre todo, la completa indiferencia que me demostraba.

Durante la conversación sentí el ardiente deseo de contradecirle, habría querido aniquilarlo para castigar su orgullo, hacerle ver que yo era también inteligente, aunque no se cuidaba de mí. Su timidez me contuvo.

CAPITULO XLV

El principio de la amistad

Volodia estaba tumbado en el diván y leía una novela francesa cuando entraron Dubkof y Nekliudof con el sombrero á la cabeza y con el gabán puesto.

—¡Buenos días, gran diplomático!—dijo, Dubkof dándome la mano.

Los amigos de Volodia me llamaban el *diplomático* porque un día mi abuela, después de almorzar, les había dicho á propósito de nuestro porvenir que Volodia sería militar y que á mí me estaban reservados el frac negro y el

tupé del diplomático. A sus ojos, no se podía ser diplomático sin el tupé.

Aquel día se hablaba en la habitación de Volodia del amor propio. Sostuve que todos lo teníamos; que todo lo que hacíamos, lo hacíamos por amor propio; que no existe un solo hombre en el mundo que no se crea mejor y más inteligente que los demás.

—Por mí puedo responder,—dijo Nekliudof,—que yo he encontrado personas á las que reconozco más inteligentes que yo.

—¡Es imposible!—dije con convicción.

Nekliudof me miró.

—¿Cree usted de veras lo que dice?

—Y tan de veras, —respondí,—y se lo demostraré á usted.

—¿Por qué nos amamos todos á nosotros mismos más que á los demás? Porque creemos valer más que ellos ó ser mucho más dignos de afecto. Si creyésemos á los demás mejores que nosotros les amaríamos más que á nosotros mismos, cosa que no sucede nunca.

—Me parece,—añadió con sonrisa de triunfo,—que tengo toda la razón.

Nekliudof permaneció callado un instante.

—No le habría creído á usted tan inteligente,—dijo después con sonrisa amable que me produjo un gran placer.

Las alabanzas influyen de tal modo en los sentimientos y el espíritu del hombre, que me parece haberme convertido de pronto en un genio y las ideas se agolpan á mi mente con insólita rapidez.

Del amor propio pasamos al amor, tema inagotable para nosotros. Nuestras palabras habrían parecido absurdas á quien quiera que hubiese estado presente; pero para nosotros las ideas, aunque confusas y mezquinas, tenían gran importancia.

Nuestras almas estaban tan en armonía, que bastaba to-

car una cuerda cualquiera en uno de los dos para que también el otro sintiese la vibración.

Nos parecía que no tendríamos nunca tiempo ni palabras suficientes para comunicarnos todos los pensamientos que acudían á nuestra mente.

A contar de aquel día se establecieron entre Demetrio Nekliudof y yo relaciones muy extrañas, pero no dejaban de tener su encanto. En público no se cuidaba de mí, pero apenas estábamos solos, comenzaba la discusión olvidándolo todo y sin notar que el tiempo pasaba.

Hablábamos del porvenir, del arte, de la carrera que había que emprender, de la educación de los niños, y nunca se nos antojaba que lo que decíamos pudiera ser insensato. Esta idea no podía ocurrirnos porque nuestras absurdidades eran inteligentes y la juventud ama el ingenio y tiene fe en él.

En esta edad todas las fuerzas del alma se enderezan al porvenir que en virtud de esperanzas fundadas, no en la experiencia, sino en sueños de felicidad, variados, vivos y seductores, basta para proporcionar á la juventud la felicidad real.

Cuando se discutía de Metafísica, uno de nuestros temas predilectos, me sentía feliz con la rápida sucesión de las ideas que en fuerza de ser abstractas se hacían tan nebulosas que no era posible expresarlas, y nos veíamos obligados á decir á veces lo contrario de lo que pensábamos. Me sentía feliz cuando á fuerza de remontarnos á las regiones del pensamiento, descubríamos de pronto la inmensidad, y comprendíamos que era imposible subir más alto.

Sucedió que durante el Carnaval, Nekliudof estuvo ocupado en sus diversiones, que no habló conmigo un solo instante, aún cuando venía varias veces cada día á casa. Me hirió tanto esta conducta que empecé á encontrarle orgulloso y antipático y esperaba con impaciencia una ocasión propicia para probarle que podía prescindir de su

compañía y que no sentía por él ningún afecto extraordinario.

La primera vez que quiso hablar conmigo después del Carnaval, le dije que tenía estudiar y subí á clase, pero al cabo de un cuarto de hora se abrió la puerta y entró Nekliudof.

—¿Le estorbo á usted?

—No,—le respondí.

Tenía sin embargo la intención de responder que estaba ocupado muy de veras.

—¿Por qué se ha ido usted de la habitación de Volodia? Hace tanto tiempo que no hemos hablado, que debido á la costumbre, me parece que me falta algo.

Mi furor se desvaneció, y Dmitri me pareció de nuevo el mejor y el más querido de los hombres.

—De seguro,—le dije,—que usted sabe por qué he venido aquí.

—Claro,—dijo sentándose junto á mí,—pero aun cuando haya adivinado el motivo no puedo decirlo. A usted toca revelarlo.

—Se lo voy á decir ahora mismo: he venido porque estaba incomodado con usted... ó más bien, estaba muy apesadumbrado. Temo, en una palabra, que me desprecien porque soy demasiado joven...

—¿Sabe usted por qué estamos siempre tan conformes? —dijo respondiendo á mi confesión con una mirada bondadosa é inteligente;—¿por qué le quiero á usted más que á las personas á quienes conozco de mucho tiempo y con quienes he tenido mayor contacto? Pues voy á decirle á decirle á usted el por qué: usted posee una virtud rara y preciosa: la sinceridad.

—Sí, lo confieso; siempre lo digo todo, aunque me dé vergüenza, pero sólo á las personas de cuya amistad estoy seguro.

—Sí, pero, para estar seguro de un hombre es preciso haber intimado con él y nosotros no hemos llegado á tanto. Recuerde usted, Nicolás, todo lo que hemos dicho con respecto á la amistad; para ser verdaderos amigos es preciso estar seguros uno de otro.

—Es preciso tener la seguridad de que el uno no irá á divulgar lo que ha dicho el otro, y ¡vea usted! las cosas importantes, que pesan sobre nuestro corazón, son precisamente las que nosotros no diríamos por nada en el mundo. ¡Y qué feos pensamientos! tan viles, que si adivináramos la mutua confesión que de ellos debemos hacer, los desterraríamos de nuestro corazón.

—¿Sabe usted lo que pienso, Nicolás?—dijo levantándose y restregándose las manos, á la vez que se sonreía.—Hagámoslo y verá usted cuán útil será para los dos. Jurémonos mutua sinceridad; nos conoceremos recíprocamente y nunca se elevará entre nosotros una disputa. Para no deber nada á los extraños, nos prometeremos no hablar nunca uno de otro. ¿Qué le parece á usted?

—Hagámoslo así.

Así lo hicimos en adelante. Luego diré todo lo que resultó.

Alfonso Karr ha dicho que en toda afección el uno ama y el otro se deja amar; el uno besa y el otro tiende la mejilla. La idea es exactísima; en nuestra amistad yo besaba y Dmitri se dejaba besar, pero también estaba pronto á besarme.

Nos amábamos igualmente porque cada cual conocía y apreciaba al otro, lo que no impedía que Nekliudof reinase y yo me sometiese.

No cabe añadir que, sin quererlo, me asimilaba su manera de ver que era en el fondo el culto entusiástico de la virtud ideal, unido á la convicción de que el destino del hombre es el progreso continuo. Nada nos parecía entonces tan fácil como el regenerar á la Humanidad, destruir

los vicios y hacer felices á todos los hombres. Nada nos parecía tan sencillo como corregirnos de nuestros defectos, adquirir todas las virtudes y ser felices.

¿Eran acaso ridículos aquellos nobles ensueños de la juventud? ¿Quién tiene la culpa de que no se realicen? Sólo Dios lo sabe.